

INCENDIO EN PADRÓN

Autor: Miguel González Quevedo

Aunque el tiempo crea una nebulosa en los recuerdos hay algunos que tengo fijos en la mente, lo que ocurrió en el momento estelar del episodio y otros que tengo más difuminados, los antes y después inmediatos.

Habíamos acabado de cenar y como era costumbre en diversas épocas habíamos tenido un rato de recreo antes de subir al dormitorio.

Este rato de esparcimiento lo teníamos normalmente en el largo y ancho pasillo que en la planta baja iba desde el patio hasta el salón. Hacia la mitad del pasillo se juntaba con otro que llevaba a los Waters y las escaleras que subían hasta el segundo piso, que era donde se ubicaba el dormitorio. Solo en los meses de mayo y junio salíamos al patio pues todavía había luz de día.

Igualmente había la excepción de los que estaban enfermos o convalecientes de alguna enfermedad que después de cenar se iban directamente a la cama.

Aquel día como era habitual a la hora prevista subimos al dormitorio. Al llegar arriba había un pasillo donde se formaba unas tres filas, supongo que por orden de clases, antes de entrar en el propio dormitorio.

En aquella época a mí me tocaba en uno de los últimos puestos de las filas, pasado el tramo de escaleras que quedaban a mi derecha.

De pronto sentí unos gritos que procedían de la entrada del dormitorio entre los que creí identificar la palabra “fuego” y al instante vi como algunos de las primeras filas se veían arrollados por los que ya estaban dentro y que salieron corriendo y asustados.

El efecto fue inmediato, los ciento treinta o más alumnos se lanzaron escaleras abajo todos a la vez lo que provocó que en el primer rellano que encontraron se formase una gran meleé, quizás provocada por la caída de algunos de los primeros en llegar allí

Como yo estaba al final de las filas y no soy muy rápido en tomar decisiones cuando de correr se trata me quedé de los últimos. La verdad es que miré hacia la entrada del dormitorio y no vi nada de fuego ni resplandor de llamas por lo que aunque no estaba totalmente tranquilo tampoco me preocupé demasiado.

Desde lo alto de la escalera miré hacia el rellano y allí había una verdadera montaña de chavales unos encima de los otros, mientras que por el siguiente tramo de escaleras iban bajando los que habían podido escapar de aquella ratonera.

De los que habíamos quedado arriba algunos intentaron pasar corriendo por encima de los caídos y aunque alguno lo logró vi como otros al intentar pasar eran atenazados por los tobillos para que los fueran sacando del atolladero.

Desde aquel momento decidí que el menda no se arriesgaba a pasar y que lo enganchasen y quedar inmerso en la montonera. No recuerdo si la idea fue mía o si vi que algún compañero la había tenido antes y consideré que aquella era la solución, el caso es que crucé una pierna sobre la barandilla, luego la otra y me quedé con el cuerpo colgando del vacío.

Poco a poco, con las manos aferradas a la barandilla y los pies entre los barrotes de la misma comencé a bajar. Todo fue bien hasta que llegué al descansillo pues también allí una mano me agarró del tobillo ¡madre mía!, que terrible dilema, me quedaba allí, colgando del vacío, hasta que todo se fuese despejando o me salía la venada malvada y me liberaba de aquella garra que me impedía continuar mi descenso.

Me agarré más fuerte a la barandilla y con la pierna libre comencé a patear al que me agarraba hasta que me soltó, Rápidamente seguí avanzando y aunque noté que alguno más intentaba cogerme la verdad es que no lo consiguieron.

Al llegar al nuevo tramo de bajada salté a la zona de los escalones y bajé tranquilamente.

Creo recordar que una monja me recriminó diciéndome que podía haber caído al vacío, pero no fue una verdadera regañina.

Los que íbamos llegando al piso inferior nos íbamos colocando en fila esperando que acabasen de bajar todos y luego seguimos allí un rato que se me hizo muy largo hasta que volvimos a subir ya normalmente al dormitorio.

Así lo viví y así lo cuento, espero que otros también nos envíen sus recuerdos.